

Beltrán se arrebujó un poco más con la capa forrada de piel. Había previsto entrar en la aldea vistiendo aquella capa de seda de Damasco que le había regalado el duque, pero sin duda hacía demasiado frío. La gruesa prenda que llevaba ahora, con su discreto y marcial color rojo teja y la sagrada cruz blanca serían suficientemente llamativas para fijar la atención de sus paisanos. El caballo movía la cabeza, inquieto, y golpeaba con el casco la tierra casi congelada. La tarde estaba cayendo y el viento del norte anunciaba una inminente nevada.

Allá abajo se divisaba la aldea. Las chimeneas dejaban escapar casi a regañadientes sus penachos de humo, que apenas subían unos metros en el aire invernal y formaban una especie de frontera oscura por encima de los tejados.

-Yo también tengo frío, Sansón, en unos minutos podrás calentarte en los establos.

Golpeó suavemente con la mano enguantada el cuello del enorme semental negro que el propio duque le había entregado. Sansón contestó a la caricia con un sonoro resoplido. Beltrán lo aguzó hacia adelante. El propio caballo parecía entender todo lo que de lucimiento entrañaba la entrada en la población. Engalló la cabeza y comenzó a manear con brío, levantando mucho las patas, como si estuviera en un desfile.

Cuando el camino de la montaña, el que ellos traían, se unió con el del valle comenzaron a encontrarse con los campesinos que volvían de los campos. Beltrán retuvo el caballo ligeramente. No era nada consciente, pero le halagaba que lo vieran sus paisanos. Cuando partió de la aldea, hacía cuatro largos años ya, no era más que un alférez del ejército del duque, con una sombra de bozo en el labio y con la mirada asustada, volviéndose continuamente sobre la silla de su pequeña montura para divisar la aldea, el único mundo que había conocido hasta ese día. Ahora volvía hecho un hombre. Es más, convertido en caballero. El propio duque había cortado las puntas de cola de golondrina de su bandera para convertirla en estandarte por su valor ante los muros de Häira, armándolo allí mismo. Le había crecido la barba e incluso lucía con orgullo una cicatriz en la cara que lo acreditaba como valeroso en el combate de manera más fehaciente que cualquier palabra. Volvía a su aldea. Solo que ahora era en realidad suya por expreso deseo del duque.

Los aldeanos se sorprendían al verlo. Por los cuchicheos que percibía podía adivinar que se preguntaban si era realmente Beltrán. Alguno de los campesinos más jóvenes se adelantó a la carrera hasta la aldea, así que sabía que la expectación sería grande cuando llegara a la plaza. Alguno de aquellos hombres le saludaba con una mezcla de temor y de respeto. Él contestaba desde lo alto de la silla, la barbilla altiva y las manos firmes en las riendas con un firme gesto de la cabeza. Algunos niños comenzaron a llegar desde la aldea, y andaban junto a Sansón, acariciando los flancos de animal, mirando con admiración los arreos de cuero sarraceno.

Tal y como había previsto un buen número de personas le esperaba al llegar a la plaza. Paró frente a la pequeña iglesia y desmontó con lentitud. Nadie le hablaba, pero todos le observaban. Tomó las riendas de Sansón y buscó con la vista un sitio dónde atarlo. Sintió una mano en el hombro y se volvió. Un joven le miraba lleno de veneración...

-Id señor, yo me ocupo.

Beltrán le agradeció el gesto con una inclinación de la cabeza. Subió despacio los escasos escalones que daban acceso a la iglesia y abrió la puerta con delicadeza, casi con miedo. La oscuridad era ya la señora del interior del templo, y pasó un rato hasta que sus ojos se acostumbraron a la titubeante luz de las candelas que ardían frente al crucifijo del altar. Respiró profundamente. Era el final del viaje, la vuelta a casa. Volvía a rendirle cuentas a aquel viejo Cristo de madera, su señor sucerano por encima del propio duque, por encima del propio rey. Avanzó por el pasillo entre las columnas de piedra. Los aldeanos se quedaron en la puerta. Beltrán, muy lentamente, se acercaba al altar. Un ruido le hizo levantar la cabeza y pudo intuir más de un agujero en el techo de la capilla. “Habrá que solucionar eso”, pensó, “y también habrá que sustituir las viejas cortinas del Sagrario, sin duda alguna de las sedas que vienen en la impedimenta harán un buen papel”. Estas digresiones le distraían de lo que estaba a punto de hacer. Había que rendir cuentas ante aquel juez supremo. La verdad es que tenía miedo. Un miedo incierto, sin un motivo claro. Temía que aquel rostro de madera toscamente pintado lo reprobara delante de su gente. Había luchado valientemente y con lealtad a su señor y a la Santa Madre Iglesia, había peregrinado a Jerusalén y la muerte le había rozado por defender la verdadera fe. Pero quizás sus motivaciones no habían sido lo suficientemente puras. Algunos de los frailes que predicaban en Outremer defendían que el cruzado que sacaba un provecho material de su lucha ya había recibido suficiente recompensa. Bien es cierto que estos predicadores no paraban mucho tiempo en el mismo sitio. Y no podía negar tampoco el temblor de deseo que le provocaban las mujeres sarracenas, ni que se hubiera dejado llevar por esa debilidad tras la conquista de Häira... pero fray Guglielmo en persona lo había reconfortado, le había dicho que era normal, que no es que estuviera bien, pero que al fin y al cabo era una sarracena. E hizo penitencia, durísima penitencia más allá de lo prescrito por fray Guglielmo. Pero el crucifijo de madera se le antojaba un juez mucho más severo que el confesor del duque. Había oído de niño que Dios era misericordioso, pero por alguna razón no lo recordaba en ese momento. Sólo recordaba que Dios era justiciero, y a esa justicia es a lo que tanto temía.

Ya estaba frente al altar. Se quitó los gruesos guantes y los colocó en su cinturón. Tomó una de las pajuelas que había en el lampadario y encendió tres velas...

-Por Roger, por Phillippe, por Lucio. Acógelos, Señor, en tu asamblea... y permite que preparen un lugar para mí llegado el momento.

La voz se le quebró. Notó los ojos húmedos. Apagó de un soplido la pajuela y miró al crucifijo. Interpretó la serenidad del rostro del Redentor como una señal de aprobación. Sacó lentamente de la vaina su espada y se arrodilló. La levantó hacia el altar, sujetándola por la hoja. La mantuvo frente a sí, tapando, desde su punto de vista, los ojos del crucifijo con los gabilanes. Ni siquiera ahora era capaz de mantener aquella mirada de madera pintada.

Acabó una breve plegaria y depositó un beso allí donde la empuñadura formaba una cruz con la hoja. Se levantó y dejó resbalar el arma por la boca de la vaina. Sacó la daga y se dirigió a uno de los laterales. Las velas se acumulaban aquí, iluminando fantasmalmente los exvotos colgados del muro. Ojos de cera, imágenes de fetos, de piernas, manos, una pequeña tabla pintada, recordando cómo un niño se salvó del ataque de un jabalí. Beltrán recogió su capa y procedió, con precisión de físico, a descoser la cruz blanca de cruzado. La separó de la

capa y la colocó en uno de los clavos del muro, lo más cerca que pudo de la tosca hornacina que custodiaba una pequeña imagen negra de Santa María.

-Gracias, Señora, por haberme permitido volver a mi casa.

Ahora sí había terminado su Cruzada.

Se volvió hacia la puerta como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. Los aldeanos se habían quedado en la puerta, y podía ver sus siluetas recortándose contra un cielo apenas iluminado por un sol mortecino.

Incluso para sus paisanos la breve ceremonia de la capilla había significado un punto de inflexión. Ahora se atrevían a tocarle. Los niños y niñas acariciaban los ribetes de piel de zorro de la capa como si se tratara de una reliquia. Y él correspondía a los saludos. A los “bienvenido, señor” musitaba muy quedo un “me alegro de estar en casa”. Finalmente la multitud se abrió y al fondo del pasillo que formaban aparecieron Anne y Gastón.

Anne se llevó la mano a la boca, como si quisiera frenar las palabras. Finalmente se echó a correr y se abrazó a su cuello. Beltrán la apretó muy fuerte, dejando pasar el tiempo. Sentía aquella fragilidad de cuerpo de mujer perdido entre sus fuertes brazos. Anne había perdido su rostro entre los pliegues de la sobrevesta, notaba en la mejilla los relieves bordados de la enseña del duque nuestro señor. En medio de la gélida tarde que ya estaba empezando a liberar copos de nieve se sentía muy a gusto, notando la tibieza de la gruesa capa del cruzado. Por encima de todo se sentía protegida. Cuando despegó su rostro del pecho de Beltrán las lágrimas rodaban libres por sus mejillas. Le pasó los dedos con infinita delicadeza por el rostro, la barba, la nariz, como queriendo recuperar unas facciones que ya había olvidado... no pudo evitar un gesto de dolor al percibir la cicatriz. Beltrán se dejaba observar, absorto, a su vez, en la hermosa mujer que tenía frente a él. ¿Dónde estaba aquella cara regordeta, aquella nariz pecosa, aquellos ojos azules que preguntaban siempre demasiado?

Anne acabó el escrutinio con una sonrisa a medias triste...

-Padre estaría orgulloso de ti.

-Sería la primera vez.

-No seas tonto.

Finalmente se acercó Gastón y le alargó la mano. Beltrán se sintió reconfortado cuando notó el apretón. Nunca le habían gustado los hombres que no estrechaban la mano con fuerza. Le miró a los ojos y le atrajo hacia sí con el brazo izquierdo, apretándole contra el pecho. Gastón se dejó hacer.

-Bienvenido a casa, hermano.

La casa. El hogar por fin.

-Vamos a la granja. Hay mucho que contar.

Se le acercó el muchacho que había cuidado de Sansón.

Beltrán se subió casi de un salto, que el caballo agradeció empinándose de manos. Tanta gente a su alrededor mirándolo lo tenían nervioso, y las fuertes manos de su amo en las riendas fueron un cambio agradecido.

-¿Cómo te llamas?

-Robert, señor.

Beltrán buscó con dedos ágiles una moneda de su faltriquera y la lanzó.

-Ven a verme mañana. Tenemos que hablar.

Robert cogió la moneda al vuelo con una sola mano, sin moverse lo más mínimo. Y con un gesto igual de rápido volvió a lanzársela al caballero.

-No es necesario el pago, señor. Mañana nos veremos.

El cruzado no habría sabido si definir la actitud del muchacho como desparpajo o como orgullo, pero le gustó.

-Gastón ¿vas abriendo camino?

-Claro.

Volvió a Sansón hacia Anne. Por un momento creyó que Anne reaccionaría con miedo ante esa enorme masa negra. Sin embargo le acarició el morro, subiendo la mano por la testuz hasta las crines del animal. El semental comenzó a menear la cabeza, agradeciendo la caricia.

-¿Vienes conmigo Anne?

Por toda respuesta se recogió ligeramente la falda y descubrió un diminuto pie que apoyó en el estribo a la vez que alargaba el brazo hacia Beltrán. Un movimiento rápido y se abrazó a la espalda del jinete.

La granja era algo así como la sede del poder del duque en la aldea. Allí había vivido la familia de Beltrán, actuando como alguaciles del señor. Siempre fue así al menos desde hacía tres generaciones. Pero cuando la peste asoló la tierra, hacía ahora casi diez años, las cosas cambiaron. La madre de Beltrán, Anne y Gastón fue de las primeras en morir. Y su padre ya no volvió a ser el mismo. El trabajo como representante del duque en la aldea siguió siendo irreprochable, y también todos sus esfuerzos por sacar adelante a su familia. Pero su fibra se había roto. La bebida comenzó a ser su compañera de lecho. Y era una fría compañera. Gastón era casi un niño cuando vio a su padre vomitando sangre, con la cara amarillenta. Cuando llamó a Anne creía que era la peste. Pero su hermana sabía qué pasaba, sabía que ese momento llegaría más pronto que tarde. Murió a la mañana siguiente. Beltrán pasaba a ser el cabeza de familia. Beltrán, al que el duque había llevado al castillo para convertirlo en un buen escudero, quizás en un infanzón o en alférez. La familia había servido al señor fielmente y siempre era bueno tener contenta a la servidumbre.

Volvió montando un caballo prestado y con una ropa demasiado grande. Era consciente de que se había convertido en la cabeza visible del poder en la aldea, pero no era

consciente de lo que eso significaba. Cuando llegó a la granja su padre yacía sobre unas pihuelas de madera, con dos cirios que lanzaban la sombra de su perfil fantasmal sobre las paredes. Uno de los hombres de la granja se afanaba por acabar un ataúd. Anne se abrazó a su hermano en cuanto llegó. Beltrán se empeñaba en mantenerse frío. Entendía que así era como tenía que comportarse un hombre que aspiraba a ser caballero. Se deshacía en llanto. Gritaba, gemía, llamaba a su padre a gritos. Al aspirante le parecía todo un poco exagerado. En las tierras del duque había visto muchas veces la muerte de los malhechores, de los sirvientes... incluso de algún buen caballo de las cuadras del duque. Era ley de vida. La actitud de su hermana le incomodaba. No creía que fuera digna.

-Ya vale, Anne, tranquilízate.

Fue el Padre Ambrose quien la tomó por los hombros y la separó dulcemente, pero con firmeza, de los brazos de Beltrán.

-Ve con las mujeres, hija mía. Tengo que hablar con tu hermano.

Anne tenía los ojos enrojecidos cuando se separó de él, con una expresión desolada, como si en mitad de una riada le estuvieran soltando las manos de la única rama que la salvara de ser arrastrada.

El Padre Ambrose tomó del brazo a Beltrán y lo sacó de la casa. Caminó con él sin hablar camino arriba, hasta el recodo donde se divisaba el vado. Era el lugar donde Beltrán se había sincerado siempre con aquel bondadoso fraile, consciente siempre de que el representante del duque no tenía tiempo para ocuparse de un joven despierto que estaba creciendo demasiado deprisa.

Se sentaron con la espalda apoyada en el inmenso sauce del que los hermanos habían hecho su santuario. Allí abajo se divisaba el río, el puente de piedra, el camino que llevaba al castillo del señor...

Los minutos pasaban en silencio. Fue finalmente el Padre Ambrose quien comenzó...

-Beltrán...

-Lo siento Padre, es que, es que...

Cuando se volvió hacia el fraile no encontró el más mínimo rastro de reproche. Sólo una amplia sonrisa y unos ojos que le abrazaban.

-Me estaba poniendo nervioso. Su comportamiento no era digno, no para ella...

El Padre Ambrose meneó la cabeza.

-Muy cierto. No es un comportamiento público adecuado para la hermana de un futuro escudero. Pero quizás sí para una hija que acaba de perder a su padre justo cuando más necesitaba a su madre. Y quizás también para la hermana mayor de Gastón, que prácticamente vio como su padre moría ante él sin poder hacer nada. Y por supuesto sí lo es para la mujer que ha estado cuidando de tu padre mientras éste se suicidaba, velando sus

noches de pesadillas para que tú no te enteraras mientras pasabas tus días preparándote con el duque.

Beltrán abrió los ojos como platos.

-Y no oirás de ella ni un solo reproche. Eres su héroe. Haría eso y mil cosas más sólo para que tú tuvieras el tiempo y la tranquilidad de convertirte en caballero. Daría su vida por ti y estaría contenta del precio pagado.

Como era su costumbre, Beltrán no sabía que decir.

-Así que levántate, héroe, y ve a consolarla.

El fraile se levantó de un salto y le ofreció la mano.

-Tu padre fue un gran hombre. Pero en los últimos años dejó que sus deberes cerraran la ventana del amor. No cometas el mismo error.

Llegaron a la casa de nuevo. El Padre Ambrose se sorprendió cuando Beltrán se dirigió a la puerta trasera y le interrogó con la mirada.

-Entrad vos, padre. Yo voy enseguida.

Anne se encontraba más calmada cuando la encontró. Estaba sentada junto a la chimenea, la cabeza apoyada en la pared. Beltrán apareció por la puerta que daba a la cocina. Se acuclilló ante ella y le ofreció un vaso.

-Toma un poco de vino especiado. Te sentará bien.

Los ojos azules de Anne parecían perdidos en una inmensidad de recuerdos...

-Ha tenido que ser muy duro para ti... supongo

Las lágrimas eran ahora serenas. Ella tomó el vino de sus manos y lo depositó en la chimenea, se levantó e hizo que Beltrán se levantara también. Cuando lo consiguió rodeó su cintura con sus brazos y lo abrazó con fuerza. Beltrán la envolvió a su vez. Cuando Anne se desligó la expresión de su rostro era muy distinta. Y el joven se preguntó dónde había ido aquella niña que hasta hace poco corría tras él cuando abandonaba la granja.

-Todos tenemos nuestros deberes, hermano. Tú, padre, yo. No te preocupes por mí.

-Algún día habrá un hombre al que harás muy feliz.

-Sí, claro. Deberías hablar con Gastón. Él... bueno, no está demasiado bien. Pero como todos los hombres de la casa se traga las lágrimas. Ya sabes a lo que me refiero.

No era una tarea fácil. No para Beltrán. No era él precisamente un modelo a la hora de desatar el corazón. Su padre no fue precisamente un hombre abierto. Y en las tierras del duque cualquier detalle que se diera sobre los sentimientos de uno mismo era una ventaja para la legión de aspirantes. Un sentimiento podía ser una debilidad. Y los rivales aprovechaban cualquier debilidad.

Anne le dio un beso en la mejilla con decisión, como si le estuviera dando un salvoconducto.

-Empieza a ejercer.

Gastón estaba en el patio posterior, donde nadie podía verlo. Tenía en las manos un puñado de pequeñas piedras que lanzaba hacia un blanco sin demasiada convicción. Cuando vio a Beltrán las arrojó al suelo y se limpió apresuradamente las manos en el jubón. Al darse cuenta de cómo se había puesto la ropa oscura se azoró aún más e intentó sacudirse...

-Yo, yo... lo siento. Ahora mismo lo limpio...

-Gastón...

Era difícil que aquel niño de ojos asustados pudiera reconocer en aquel jovencuelo espigado y bien vestido a un hermano. Las relaciones entre ambos hermanos nunca habían sido fluidas, y el alejamiento del Beltrán a causa de su adiestramiento no había contribuido a mejorar la situación.

Los dos se quedaron mirándose. Los dos sabían que tenían que hablar. Y ninguno de los dos quería, o se atrevía, o sabía ser el primero. Con Anne las cosas siempre eran más sencillas. Para los dos.

Beltrán se acercó y le limpió con la palma de la mano el jubón manchado de polvo. Gastón se dejaba hacer. Terminada la operación de limpieza uno seguía erguido en su mundo y el otro con la cabeza agachada en el suyo...Beltrán se agachó para ponerse a su altura. Le levantó la barbilla con suavidad. Tenía los ojos húmedos y la boca le temblaba.

-Ahora somos los dos hombres de la casa. Tenemos que cuidar de Anne...

Beltrán jamás hubiera pensado ni en el peor de los escenarios posibles la reacción de Gastón. Su gesto se endureció, apretó la boca y sus ojos adquirieron un brillo metálico...

-¿Qué tenemos que cuidar de Anne? Cuándo has estado tú aquí para cuidar de nadie. Tú bastante tienes con limpiarle el culo al duque...

-No Gastón, no...

Era la voz de Anne, que observaba la escena desde la puerta. La discreta pero siempre atenta Anne. Gastón salió corriendo. Beltrán miraba a su hermana. "Lo he intentado", decía con los ojos "Dios sabe que lo he intentado". La pobre Anne sabía que a partir de ahora las cosas iban a ser mucho más difíciles.

-No se lo tomes en cuenta. Es difícil para él.

El duque envió una nota a Beltrán y tres varas de paño oscuro para el luto. Era de agradecer. Alguien señaló que el señor debería, quizás, haber estado presente en el funeral. Su torre no estaba tan lejos, a medio día de marcha, menos si se azuzaba el caballo. Pero Beltrán sabía que el señor estaba con los preparativos de la cacería y que estaba muy ocupado. Por nada del mundo querría él que algo saliera mal por causa suya.

Pasaron algunos años. Beltrán tuvo que madurar deprisa. Seguía culpándose del carácter huraño de Gastón, y de no haber estado cuando su padre murió. A decir verdad se sentía culpable, incluso, de la muerte de su padre. Quizás si él hubiera estado en la granja habría cuidado mejor de él. Y se sentía culpable por cuestionar los buenos cuidados de Anne, y de no poder ofrecerle una dote en condiciones para que pudiera casarse. E incluso, aunque ni siquiera se atreviera a confesárselo a él mismo, se culpaba de la muerte de su madre, como si hubieran sido sus pecados los que habían traído la peste. Pasaba las pocas horas que le quedaban libres entre su adiestramiento y el papel de delegado del duque en la aldea prácticamente encerrado en la iglesia, cuando la tarde había caído ya y sólo las velas alumbraban el interior del templo.

El Padre Ambrose resultó un apoyo fundamental para la familia. Observaba a aquel joven al que el mundo se le venía encima y, sin embargo, luchaba por sujetarlo. Lo veía entrar en la iglesia a conversar mudamente con el Cristo de madera, pero no le daba la sensación de que saliera reconfortado de aquellas conversaciones... El buen fraile lo comentaba con Anne, que se había hecho cargo con pericia del timón de aquel hogar. Administraba la granja y era el fulcro sobre el que se equilibraba la difícil relación entre sus hermanos. Si Gastón se había granjeado en aquellos años el cariño de los aldeanos y Beltrán el respeto, Anne era acreedora de la admiración sin límites, rallana en la veneración.

Cuando el duque requirió a Beltrán al castillo y le habló de la Cruzada recibió la noticia con sentimientos mezclados. Por un lado suponía sobrecargar de responsabilidades a Anne, dejar en manos de Gastón la administración de la aldea. Pero por otra era la oportunidad de redimirse de sus muchos pecados, los que habían provocado el distanciamiento de su hermano, las manos encallecidas de su hermana, la degradación de su padre, la muerte de su madre.

Beltrán no volvió a la granja. Un mensaje fue enviado por el duque a su casa dando instrucciones precisas, y la expedición salió de la propia torre. Pasaron por el recodo alto, desde donde se divisaban las pocas casas y el río, y el pequeño puente de piedra. Él no era más que un alférez del ejército del duque, con una sombra de bozo en el labio y con la mirada asustada, volviéndose continuamente sobre la silla de su pequeña montura para divisar la aldea, el único mundo que había conocido hasta ese día. Y en la lejanía le pareció ver a una mujer que agitaba una tela roja en señal de despedida...

-Anne...

-Dime.

Él notaba las manos entrelazadas de su hermana en su pecho, apretándole mucho más de lo necesario para no caerse. Le estaban reteniendo, le estaban impidiendo marcharse nunca más.

-Cuando me fui, hace cuatro años...

-¿Sí?

-Me pareció ver que alguien nos despedía con un trapo rojo.

Notó las manos apretándose un poco más en torno a él.

-¿Y...?

-¿Eras tú?

Sintió cómo Anne apoyaba la cabeza contra su espalda. Tardó un rato en responder.

-¿Tú qué crees?

Hacía mucho tiempo que no sonreía tan de corazón...

-Que a veces hago preguntas muy estúpidas...

Un poco por delante de ellos intuía la figura de Gastón en la carreta. Oía los firmes pasos del caballo de carga y el chirriar de las ruedas.

-No estaba segura de si me habías visto.

-Lamento muchísimo no haber podido venir ni a despedirme pero...

Un nuevo apretón le hizo callar.

-Chiss, calla.

La culpa volvía a pesarle como una losa.

-Mi niño grande. ¿Cuándo vas a dejar de pedir disculpas?

Llegaron a la granja. Los escasos sirvientes esperaban con faroles en la misma puerta. Uno se hizo cargo de la carreta y otro ayudó a bajar a Anne. Beltrán bajó del caballo escrutando los rostros, intentando reconocer en medio de la casi completa oscuridad aquellas caras que le recibían.

-Bienvenido a casa, tejoncito...

...Y de repente desapareció el cansancio, el pesar, la culpa. Aquella voz quedita, aquel mote, lo depositaban al instante en mitad de tiempos más felices...

-Ama ...

Se volvió sin saber muy bien qué esperar. Allí estaba. La pequeña y encorvada ama de cría. La mujer que le curaba las heridas para evitar que su padre se enterara de sus peleas y lo castigase, la mujer que limpió sus lágrimas cuando su madre murió, la que le recortó la cruz blanca de cruzado de su propio traje de novia para que algo de ella viera Jerusalén...

-Ama...

Beltrán se arrodilló delante de ella y se abrazó a su cintura, como tantas veces había hecho de niño. Y como tantas veces, allí acurrucado entre las manos que se habían arrugado cuidándolo, con la cara escondida entre los pliegues del delantal, Beltrán dejó las puertas abiertas al corazón. Y las angustias acumuladas de años y años se disolvieron en un torrente de

sollozos. Con toda seguridad su señor el duque no lo aprobaría, ni tampoco su padre. Es muy probable que ni siquiera contara con el beneplácito de Gastón, al que adivinaba tras él, incomodo por la escena. Pero el Ama estaba allí y lo abrazaba. Y si el Ama lo aprobaba ni el mismísimo Cristo de madera se atrevería a llevarle la contra.

Ella lo dejó desahogarse. Perdió la noción del tiempo. Cuando por fin se sintió descargado se levantó. Las lágrimas, mezcladas con la suciedad del viaje, le habían dejado la cara churretosa. La vieja se mojó el pulgar en saliva y le restregó las mejillas...

-Nada, que no hay quien haga carrera de ti. Como de crío, con la cara echa un asco que pareces un tejoncito.

-Tengo algo para ti...

El ama le hizo un gesto con la cabeza.

-Hay más gente. Ahora me lo das...

Como siempre tenía razón. Era el señor de la casa y había que recibir las bienvenidas. La cocinera era una joven a la que no conocía.

-Pues claro que la conoces, tonto... es Catherine, la hija del molinero. El ama ya estaba muy mayor, y aunque no te lo diga tuvo una congestión hace algún tiempo que le afectó al lado izquierdo...

El ama bramó.

-Eso es mentira. No la creas...

-Bueno, sólo un poquitín...

Beltrán recordaba a la hija del molinero. Era una joven hermosa, creía recordar de manera muy vaga. Pero por más que se esforzaba no conseguía encontrar una relación con esta mujerona de pecho descomunal.

-¡Ah claro! Catherine, ya recuerdo.

“Quizá mañana cuando la vea a la luz del día”, pensó.